

pertenece Cobo, y el poeta Álvaro Rodríguez, también representativo de dicha generación, presentados en ese orden, son los tres últimos autores seleccionados entre los escritores que han marcado la escritura capitalina. Representante el primero de la inmigración oriental, Cobo registra en particular su primer libro de cuentos, su emblemática novela *Los parientes de Ester* (1978) y, sobre todo, *La caída de los puntos cardinales* (2000), significativo título éste que puede darnos luces no sólo sobre la situación específica de los inmigrantes levantinos en nuestro país, sino también de los dos últimos elegidos de Cobo. Y es que no solo se trata de un problema de orientación geográfica que marca en particular a quienes debieran dirigirla por su origen indicador, sino que también tanto Suescún como Rodríguez se han empeñado en mantenerse al margen de los hechos más notorios de su tiempo, insistiendo en el refugio de la literatura, en la búsqueda de las ilusorias orientaciones del quehacer poético en medio del mayor prosaísmo y del sinsentido. Aun cuando forman parte de una literatura de “tercer orden” y solo puedan alcanzar frutos directamente proporcionales a esta circunstancia.

Antonio Silvera Arenas

La memoria y la amistad

Memorias críticas de un estudiante de humanidades en la Alemania socialista & Zuleta: el amigo y el maestro

EDUARDO GÓMEZ

Universidad de los Andes, Bogotá,
Colección Séneca, 2011, 140 págs.

LA ACUCIOSA editorial de la Universidad de los Andes, en su Colección Séneca (el origen de ese nombre, según reza en una nota inicial: el homenaje a una “culta” cabra que se paseaba oronda por el campus, es tan sorprendente y divertida como admirable), publicó en 2011 el título *Memorias críticas de un estudiante de humanidades en la Alemania socialista & Zuleta: el amigo*

y el maestro (nombre, tal vez necesariamente largo, y partido), del escritor y profesor Eduardo Gómez (Miraflores [Boyacá], 1932), quien entre 1959 y 1965 vivió en la antigua República Democrática Alemana (RDA) donde estudió Literatura y Dramaturgia gracias a una beca concedida por el Comité Mundial de la Paz.

Eduardo Gómez pertenece a un amplio grupo de escritores e intelectuales colombianos que tuvieron una participación protagónica a partir de los años cincuenta en el país, como Estanislao Zuleta, Mario Arrubla, Jorge Zalamea, Luis Carlos Pérez, Jorge Villegas, Jorge Child, Gerardo Molina, María del Rosario Ortiz Santos, Mario Vélez, Carlos Rincón y Armando Yepes, entre otros, quienes desempeñaron papeles trascendentales en la conformación de posiciones opositoras al régimen dictatorial de Laureano Gómez (1950-1951), así como más adelante al de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), y después a las componendas gubernamentales que instauraron el Frente Nacional y, por lo tanto, la nefasta hegemonía de los partidos Conservador y Liberal como supuesta solución al desencadenamiento de la violencia partidista en Colombia. Periódicos, revistas, editoriales y partidos políticos de izquierda fueron algunas herramientas que esta generación enfiló contra el predominio de las grandes castas políticas y económicas, así como a favor de una mejor educación y la instauración de canales culturales en pos de un país menos provinciano, sumiso y atrasado.



En 1959, Eduardo Gómez busca darse un respiro por fuera del país y logra viajar (de acuerdo con sus preferencias ideológicas y políticas) a Alemania

Oriental, donde la dominación política de la Unión Soviética se refleja como la expansión socialista en marcha. El relato del escritor colombiano, ágil, entretenido e ilustrativo, discurre sin apasionamiento ideológico. Da al lector los elementos de juicio suficientes para que él, a su vez, asuma una posición respecto a lo que fue la guerra fría en la cual se libraban intereses fundamentales en la permanente lucha por el predominio no solo territorial, sino también político y económico del mundo por parte de las grandes potencias: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Tal vez, incluso, no nos relata nada muy novedoso sobre lo que ya hemos conocido con suficiente prolijidad durante tantos años en libros, periódicos, revistas, películas y testimonios sobre la lucha encarnizada que libraban para la época las dos potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Una lucha sobre todo ideológica, política y armamentista en la cual el subterfugio y el adoctrinamiento eran vitales y redundaban, al fin, en la coerción a la libertad, en la mordaza a la opinión pública y en la violación de los derechos humanos. Pero el relato de Eduardo Gómez nos ilustra desde la perspectiva personal de su propia experiencia y nos deja entrever aspectos muy particulares que nos aclaran, además, acerca de la coherencia y la evolución que, de cierta manera, lograba una sociedad bajo el yugo de un estalinismo feroz que buscaba, por otra parte, y a como diera lugar, la total sumisión y el dominio político.

Desde su papel de estudiante y a la vez de intelectual comprometido y crítico, el escritor se detiene en el afán del Estado alemán por instaurar el realismo socialista como una estética a rajatabla en las artes, imperante por la época en todo el bloque soviético. “En las librerías no se conseguían autores como Nietzsche, Freud, Heidegger, Gide, Musil, Faulkner y de otros muchos, además de que se subestimaba la obra de otros autores como Dostoievski, Tolstói y Chéjov, que eran ocasionalmente editados pero no valorados como corresponde”, dice en un aparte (págs. 19-20) en el que alude, además, al desprecio y la explícita censura de autores como Nietzsche, la tardía y pobre edición de Kafka, y el celo por el teórico marxista húngaro

Georg Lukács quien, para pertenecer al partido comunista de ese país fue obligado a retractarse en público de ser “revisionista”, epíteto maldito en estados totalitarios como aquellos. El mismo Bertolt Brecht, cuenta el escritor boyacense, produce algunas obras mediocres y decadentes al atender la orden del realismo socialista y renunciar a su gran potencia creadora y revolucionaria como actor y dramaturgo.

La estupidez de aquella doctrina socialista que pretendió, en forma inútil, reclutar y presionar a artistas e intelectuales incondicionales a un régimen sectario y pretendidamente puro (lo que no era más que un sesgo solapado y de doble moral), produjo exabruptos como hacer que el reconocido poeta y traductor Erich Arendt se convirtiera en ladrón de libros en la feria del libro de Leipzig ante la carencia de estos en su país socialista y censorador, cuenta Eduardo Gómez, quien lo conoció y supo de detalles como este gracias a su amistad y a la confianza que le produjo el estudiante y poeta colombiano.

También discurre el escritor sobre aspectos de la economía y la producción en la Alemania socialista, pero, como he dicho, allí no hay mayores novedades en una historia muy conocida de dictaduras, represalias, vigilancias extremas, paranoias y, al final, fracasos ante una economía resguardada y manipulada por intereses políticos que pretendían el poder económico a toda costa, enemigo mortal de la economía capitalista, a la par rapaz y desigual. Tampoco es novedoso, aunque no sobra refrescar la memoria (para que no se olvide que así ocurre en Cuba, por ejemplo), el testimonio de Gómez sobre cómo en la RDA no era permitido a los nacionales viajar a otros países, sobre todo del área capitalista, por el temor a ser “contaminados” o seducidos por los vicios del consumismo y las ideas burguesas, según ellos creían, y en lo cual no tenían contemplaciones. Una estupidez más que, por fortuna, no cobijaba al estudiante colombiano quien, además de sus posiciones de intelectual independiente, no tenía compromisos políticos que cumplir y el derecho a viajar le fue respetado.

La parte decente de ese régimen oprobioso, en el relato de Eduardo Gómez, y sin duda en el relato mismo de la

historia, tiene que ver con la educación de buena calidad impartida sin distinciones de ninguna clase y gratuita, así como el respeto y la dignidad por las mujeres, la madurez en la sexualidad que comportaban todos, la protección irrestricta del Estado por los hijos y la igualdad en el trabajo.



La presión política con mordazas, el desprestigio que como una avalancha sobrevino a estos regímenes totalitarios y el atraso económico que se evidenció con el paso de los años, prefiguraban la debacle que culminó con el derrumbe del muro de Berlín, un oprobio más en una cadena de ignominias y que terminarían en 1989 con su caída estrepitosa y necesaria.

El lector no deja de extrañar que, a pesar de que el libro que comento fue editado en 2011, su autor no tocó en él este último aspecto, el del derrumbe del muro y la unificación de las dos Alemani­as. Aunque el tema es complejo, espinoso y largo, una alusión en ese sentido no habría dado la impresión de inconcluso de este ameno libro.

La última parte del libro: “Zuleta, el amigo y el maestro”, es un sentido homenaje al intelectual antioqueño que dejara una huella bastante profunda en varias generaciones colombianas y que, aún hoy, continúa siendo citado, consultado y reeditado, a pesar de no haber escrito nada para publicar, ya que toda su producción intelectual se debe a sus conferencias y clases en aulas universitarias. “Si había algo importante que tuviera en común con mis contemporáneos de la Colombia de los años cincuenta, algo que permitiera hablar de una ‘generación’, era la convicción de que estábamos en una época en la que era posible cambiar el mundo [...]” (pág. 118), dice Gómez, en términos generales y, en particular,

dice de Zuleta que “él me cuestionaba con dureza pero sin ofensas personales y su severidad estaba impregnada de sabiduría y humor, de voluntad de encontrar la verdad en cada caso [...]” (pág. 125).

En el café La Paz de Bogotá los dos escritores tuvieron múltiples encuentros y tertulias en los cuales primó la amistad por encima de los intereses políticos e ideológicos (sin que estos fueran de segundo orden) y donde coincidieron con otros escritores e intelectuales de vital importancia en el momento, como los que para entonces conformaban la revista *Mito* (1955-1962), publicación decisiva en el devenir literario (y político) del país.

La amistad de Estanislao Zuleta (1935-1990) y Eduardo Gómez puede considerarse, según el relato de este último, como si se tratara de una hermandad indisoluble en la cual Zuleta ejercía el papel de consejero y orientador político, además de amplio conocedor de la gran literatura universal y del psicoanálisis, que practicaba con su amigo en aquel mismo café y hasta en torno a unas cuantas cervezas. Eduardo Gómez concede gran crédito a todos estos encuentros y prácticas y los agradece con sincero reconocimiento por el antioqueño.

El final del relato conmueve por estar allí reseñado el final de Zuleta. Gómez lo visita en un hotel donde se hospeda en Bogotá en el momento en el que es un alto consejero del gobierno nacional y se encuentra cansado, dispuesto a renunciar y a dedicarse a sus labores de profesor universitario y conferencista. Zuleta le firma, con una dedicatoria, su libro *La poesía de Luis Carlos López*: “Para Eduardo Gómez en testimonio de una amistad larga, íntima y mutuamente fecunda. De una amistad que no terminará nunca. Que está hecha de respeto y de crítica. De una amistad en la cual no hay jueces sino intentos de comprensión”. Eduardo Gómez dice para terminar: “Como en sueños, me despedí diciéndole en forma que resultó premonitoria: ‘Ahora descansa’. Y alcancé con rapidez la calle, mientras me enjugaba las lágrimas” (pág. 140).

Luis Germán Sierra J.